

Discurso del Excmo. Sr. don Alexander Dubcek

Con motivo de su investidura como doctor «honoris causa» por la Universidad Complutense de Madrid



Excelentísimo Señor Rector:
Estimados profesores:

Permitanme en este momento tan solemne expresar desde lo más hondo de mi corazón y de mi alma, un tanto conmovido, mi agradecimiento por el honor que hoy se me brinda. Todos saben que el año pasado no pude visitar esta Universidad. También saben por qué; hoy, sin embargo, corren otros aires. En mi país se ha producido una transición parecida a la que ustedes, los españoles, han vivido unos años antes. Es nuestro tributo a los profundos cambios que sufre nuestro viejo continente de Europa. Estoy convencido de que todos estos cambios harán posible que vivamos en paz y en prosperidad, que disfrutemos de una vida digna y satisfactoria para toda la gente de buena voluntad. Me siento muy feliz de —después de estos largos veintidós años de inmovilismo total— poder disfrutar de estos cambios; de haber podido contribuir a su iniciación. La experiencia de mi vida me permite ahora, mejor que nunca, comprender la desigual lucha que llevó a cabo Don Quijote, tan magistralmente descrita por el escritor español Miguel de Cervantes.

La distinción que hoy se me concede tiene que ver con la ética de la política en general, y en particular con la política que surgió como la unidad de la razón y de la conciencia y que sigue implacable y rigurosamente el credo: «No huir de su propia conciencia».

¿Qué sucedió y qué sucede en los países desarrollados de las democracias occidentales? ¿No tuvo éxito el socialismo o ganó el capitalismo, sistemas de los que trataban los creadores ideológicos del marxismo?

Supongo que aquello que se presentó en los países del Este como socialismo estaba muy lejos de las ideas originales. Además, tal vez precisamente los métodos empleados: hacerse con el poder por la fuerza de la dictadura del proletariado, la represión, el centralismo administrativo, la ausencia del pluralismo estaban y están en contradicción con las ideas del humanismo, de la tolerancia, del entendimiento, de la libertad, de la fraternidad, del avance científico y técnico, de la justicia social que con tanta pompa proclamaban.

Por eso los países de la Europa Oriental no pudieron alcanzar y menos representar el socialismo tantas veces proclamado. La práctica confirmó que la evolución, el pluralismo, la ausencia de la fuerza, la democracia y las libertades cívicas

cas que representan los partidos socialistas y los movimientos de los países desarrollados de la Europa Occidental, demostraron su vigencia a diferencia del modelo del Este.

Los teóricos del marxismo se equivocaron en sus predicciones cuando dijeron que el capitalismo original tomaría el camino de una explotación cada vez mayor de los trabajadores y de su empobrecimiento, que debía conducir a un mayor enfrentamiento antagónico de las clases entre el productor-propietario y los obreros asalariados, desembocar en una violenta lucha de clases y revoluciones armadas y hacerse con el poder. ¿Cuál fue la evolución del capitalismo original? ¿No fue fiel a su origen y tampoco pasó el examen de la historia? ¿Qué ha pasado con él? Paulatinamente los movimientos sociales y democráticos iban creciendo, el avance de la ciencia y de la técnica, las nuevas tecnologías condujeron y conducen hacia una cultura y civilización nuevas, hacia unas relaciones nuevas entre estos países y entre las demás naciones. El capitalismo original descubrió sus debilidades, las sometió a una confrontación con conocimiento científico de su estado y se fue reformando paulatinamente desde sus cimientos.

¿Qué caracteriza estas reformas en el período entreguerras y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial?

En particular, los últimos cuarenta años de los países desarrollados de Europa se han caracterizado por un excepcional avance teórico. Este hecho fue acompañado por un creciente movimiento social. En este proceso poco a poco se equilibraban las relaciones de producción. Su original antagonismo con la evolución se iba convirtiendo en un capitalismo diferente, «reformado», que fue perdiendo y perdió por fin su forma y esencia originales.

Al contrario que las monarquías absolutistas y las dictaduras, el capitalismo se iba modificando hasta alcanzar el actual aspecto de sistema pluralista, democrático y parlamentario. Un testimonio vivo de ello son precisamente los países desarrollados de Europa Occidental, de España inclusive.

Además del cambio del sistema político, a diferencia del capitalismo original, nacieron diversas formas de propiedad: privada, de sociedades anónimas, de cooperativas y estatal.

¿Por qué hablo de estas cosas con motivo de este, para mi tan importante, acontecimiento: la concesión del título doctor «honoris causa»?

Tal vez también para ser comprendido como el ex representante que salió de las estructuras políticas de la Europa del Este. La raíz y las bases de mi conocimiento se hallan precisamente en haber confrontado, y conmigo lo hicieron los que pensaban como yo de la evolución de mi país, y la de los países del «bloque socialista», con los demás países de Europa.

Mientras que el capitalismo original, que también había padecido la crueldad del totalitarismo fascista, se sometió a las reformas hasta alcanzar la actual imagen de países desarrollados en todos los aspectos, en los países de Europa Occidental el totalitarismo y el dogmatismo se fueron fortaleciendo.

Creo que el primer intento de transformar el dogmatismo y el militarismo estalinista se dio con la llegada al poder de Jruschev a mediados de los años cincuenta. Fue él el que empezó a romper las primeras barreras. No tuvo éxito debido a muchas inconsecuencias y a veces a causa de su ingenuidad. Sin embargo, hizo tambalear los cimientos del sistema.

Y a partir de 1964, después de la caída de esta tentativa reformista, se inicia el neoestalinismo: la época de Brezhnev; y al año 1968, después de la represión militar de la Primavera de Praga, lo calificó como la culminación del proceso de formación de este neoestalinismo.

En los siguientes veinte años esto se manifestó con todas sus consecuencias tanto en la Unión Soviética como en sus países satélites, y también en las relaciones internacionales, y en la guerra fría.

La Primavera de Praga en 1968 nació precisamente del conocimiento y de la conciencia de los enormes cambios producidos en la Europa desarrollada. El totalitarismo de la Unión Soviética, posteriormente aplicado por ella también en los países en los que ejercía su influencia política, no quiso reconocer e ignoró precisamente aquellos cambios políticos que había experimentado la Europa Occidental y el mundo en general.

Nuestro nuevo camino programático de entonces nos abría la posibilidad de transformaciones evolutivas y de entrar en Europa. Esta tentativa, sin embargo, fue cortada por una enorme superioridad militar.

Muchas veces me han reprochado ¿por qué no ofrecimos resistencia militar? En aquellas circunstancias y también ahora considero nuestra decisión acertada. Nuestra victoria solo pudo ser moral.

La idea de la soberanía, de la libertad, de la democracia se mantuvo viva. Sobrevivió en la conciencia no solo de nuestras dos naciones: la checa y la eslovaca, sino también en otros países de la Europa Oriental. Aunque la devastación de valores morales de la sociedad, de la economía y otros en los siguientes veinte años de militarismo ha hecho lo suyo, empeoró considerablemente nuestra actual plataforma de partida, la Primavera de Praga de 1968 cumplió su misión de precursor y dio sus frutos en una forma nueva, diferente del actual proceso renovador de los países del bloque de Este.

Hoy queremos una «democracia con rostro humano» que debería ser ante todo moral, socialmente justa, económicamente eficaz y próspera, legalmente ordenada y ecológicamente atractiva, con el oído atento a nuestro propio país, buscamos fuera de él lo más adecuado para que apoye nuestra filosofía de la calidad de vida del ciudadano, del pueblo, de las regiones, de la nación y del Estado, una filosofía digna del próximo milenio.

Supongo que los ideales humanos cuya realización quería lograr el socialismo en un principio, que expresaban la idea de la justicia social de la humanidad, de las nuevas relaciones entre los hombres, de un comportamiento racional del hombre respecto a la naturaleza, también hoy en día siguen vigentes como uno de los polos del esfuerzo humano. El otro es la amenaza que pende hoy sobre nuestro planeta. Sin embargo, la amenaza ecológica tiene también su cara positiva: la ecología del espíritu. Puesto que en las relaciones entre los políticos todavía se detectan muchas «impurezas» políticas, demasiada «contaminación» política y un exceso de «radiaciones» políticas que siguen siendo hoy una forma de amenaza para la humanidad.

Hoy día nos encontramos de nuevo en una encrucijada de la evolución de la sociedad humana. El gran avance técnico y tecnológico proporcionó al mundo un inesperado desarrollo y también una abundancia de bienes de consumo en los países de la civilización atlántica. Sin embargo, en otros lugares aún existen paradojas crueles: se mantiene la polarización de la riqueza y de la miseria. En los países pobres los niños mueren de hambre y enfermedades. El problema del rico «Norte» y del pobre «Sur» encierra cierta carga explosiva que debe descargarse «solo» en forma de acciones terroristas que vivimos día a día. Tampoco la amenaza de la muerte nuclear o eco-

lógica dejó de amenazar a la humanidad. Las contradicciones entre las conquistas de la civilización y las corrientes del maximalismo a veces llevan a la irracionalidad. Además somos testigos de fuertes movimientos nacionalistas; los pueblos pequeños se esfuerzan por realizar sus sueños históricos. El mundo actual no está contento y nuestra tarea común es ayudar a satisfacerlo, a colaborar y cooperar.

En la situación actual, cuando la civilización del Pacífico sorprende por su imparable marcha, cuando el continente americano busca respuestas adecuadas a su reto mundial, también la civilización europea se esfuerza por un renacimiento de su identidad, de su unidad dentro de la pluralidad. Sigo con gran interés el proceso de integración de España en la Europa Comunitaria. Esta integración, por un lado, le permitirá disfrutar de los importantes logros europeos tanto políticos y sociales como económicos, y, por otro, enriquecer a Europa con su irrepetible identidad nacional. Y todo ello dentro de la corriente de la democracia, del humanismo, de la realización de uno mismo, del ciudadano, de los grupos étnicos y de las naciones.

Yo mismo como político intento encontrar la respuesta a la pregunta ¿cómo hay que formular una política nueva y positiva? Intento buscar las respuestas cara a cara con el pueblo. El político no puede separarse de su pueblo, de sus intereses y de sus necesidades, pero también debe enriquecerse de las experiencias de otros países. Si no lo hace, podría sufrir el destino del héroe Anteo al que Hércules separó de su madre, la Tierra.

Los actuales movimientos izquierdistas de la Europa Occidental, una economía de mercado orientada socialmente, la marcha práctica de las estructuras estatales sin duda han tomado cuenta de ello, han sacado conclusiones. Por eso, nosotros debemos aprender del extranjero, y concretamente de ustedes los españoles y aprovechar sus experiencias. Ustedes han creado cierto modelo de transición del régimen totalitario a la democracia. Paso a paso también van ustedes solucionando los problemas de cómo vencer los mecanismos económicos que frenan la marcha y cómo incorporarse a los países más desarrollados de Europa.

Con ello está directamente relacionada la cuestión específica del parlamentarismo que es actualmente una tarea nada fácil para mí. Hoy en día en nuestro país se trata de democracia parlamentaria y de federación de dos repúblicas, de

dos naciones: checos y eslovacos con los mismos derechos y de las otras nacionalidades que viven en ellas. Por eso me sentiría particularmente complacido si mi breve visita a España no tuviese solo un carácter oficial, sino que estableciese las condiciones para un duradero y mutuo enriquecimiento.

Descubrir nuevos horizontes de nuestro continente humano es tarea para un espíritu creativo. En relación con ello me viene a la memoria la reina española Isabel de Castilla. Recuerdo también al insigne navegante y descubridor de un nuevo continente, Cristóbal Colón.

Creo que en esta encrucijada histórica de la humanidad entera, todos los europeos deberíamos ser los Colón del espíritu. Descubrir, conocer, valorar los nuevos continentes humanos de

nuestro raciocinio y de nuestra conciencia y su inevitable unidad moral.

La cuestión es cómo en las actuales circunstancias y condiciones adaptar la democracia y la humanidad, los ideales de la justicia social a las necesidades de las personas. A este objetivo quiero dirigir todos mis futuros esfuerzos políticos.

También hoy, en este día tan solemne para mí, en este momento, mi pensamiento pertenece a todos aquellos que ya hace veintidós años intentaron romper el caparazón del neoestalinismo. Mi pensamiento y mi reconocimiento es para todos aquellos que en actual proceso de renovación volvieron a enarbolar la bandera de la soberanía, de la libertad, de la democracia y del entendimiento entre las naciones y países.

Los nacionalismos y el bloque soviético

Anthony Barnett,
Hans Magnus Enzensberger y
Boris Kagarlitsky*

(Traducción de Margarita Barañano Cid)



Anthony Barnett.—Vamos a concentrarnos en el nacionalismo, en el destino del bloque soviético y en cómo este destino puede afectarnos. Recientemente, hablando sobre su nuevo libro, Hans Magnus, usted dijo que Europa se define por una sola palabra, «historia». Con Turquía, Austria y Hungría deseando entrar en la Comunidad Europea y Gorbachov hablando de la «casa común europea», ¿hasta dónde se extiende esta historia por el Este? ¿Incluye Moscú? ¿La Unión Soviética es parte de Europa?

Hans Magnus.—Se trata de una vieja pregunta muy difícil de responder. Si echamos una ojeada al mapa nos damos cuenta en seguida de que entre Polonia y Rusia no hay un canal. Y es imposible concebir la cultura europea sin abarcar la cultura rusa. A este nivel creo que Rusia, sin duda alguna, es parte de Europa. El problema surge cuando uno examina las culturas políticas. Por ello continuamos haciéndonos esta pregunta, porque la cultura política y social de Rusia está muy alejada de la Europa Occidental. Y esto no tiene nada que ver con el carácter nacional de los rusos, sino que es una acreencia histórica. Lo poco que conozco de la historia rusa parece indicar que han tenido muy pocas ocasiones de desarrollar una historia análoga a la del Occidente europeo, como la Reforma, incluso el Renacimiento. Su Ilustración fue muy específica.

Boris Kagarlitsky.—Fue importada.

H. M.—Fue importada. Y bajo el dominio de los zares, la servidumbre fue abolida muy tarde, etcétera. Sólo hubo un período muy breve de democracia. Antes de la Primera Guerra Mundial, la *Dun.a* era bastante insatisfactoria. Un ruso me dijo una vez: «Nosotros sólo tuvimos total libertad de prensa desde febrero a octubre de 1917.»

B. K.—Eso no es cierto. Lamento interrumpir. He leído los periódicos rusos desde enero a diciembre de 1917. Bajo el régimen zarista no existió una censura total, como tampoco hubo una libertad de prensa completa después del levantamiento de febrero, ni la censura volvió a ser absoluta tras la toma del poder en octubre. Los bolcheviques no fueron capaces de organizar la censura adecuadamente, cosa que trataron de hacer sólo muy a finales de 1917. La historia completa desde enero de 1917, no sólo hasta diciembre, sino probablemente hasta mediados de 1918, no fue una historia de libertad, sino más bien una historia de caos.

H. M.—Sí.

B. K.—Con el caos político uno goza de mucha